¡Quién lo había de decir! ¡Yo que he sabido afrontar sin un fruncimiento de cejas los ma-

yores peligros ...!

—Sr. D. Lope—dijo Miquis con triste acento,—en estas ocasiones de prueba se ven los puntos que calza nuestra capacidad para el infortunio. Muchos que se tienen por cobardes resultan animosos, y otros que se creen gallos salen gallinitas. Usted sabrá ponerse á la altura de la situación.

—Y será forzoso prepararla... ¡Dios mío, qué trance! Yo me muero... yo no sirvo, don Augusto...

-¡Pobrecilla! No se lo diremos claramente.

La engañaremos.

-¡Engañarla! No se ha enterado usted to-

davia de su penetración.

En fin, vamos allá, que en estas cosas, señor mío, hay que contar siempre con alguna circunstancia inesperada y favorable. Es fácil que ella, si tanta agudeza tiene, lo haya comprendido, y no necesitemos... El enfermo suele ver muy claro.

XXIII

No se equivocaba el sagáz alumno de Hipócrates. Cuando entraron á ver á Tristana, ésta les recibió con semblante entre risueño y lloroso. Se reía, y dos gruesos lagrimones corrían por sus mejillas de papel.

«Ya, ya sé lo que tienen que decirme... No hay que apurarse. Soy valiente... Si casi me alegro... Y sin casi... porque vale más que me la corten... Así no sufriré... ¿Qué importa tener una sola pierna? Digo, como importar... Pero si ya en realidad no la tengo, si no me sirve para nada...! Fuera con ella, y me pondré buena, y andaré... con muletas, ó como Dios me dé á entender...

—Hija mía, te quedarás buenísima—dijo D. Lope, envalentonándose al verla tan animosa.—Pues si yo supiera que cortándome las dos me quedaba sin reuma, hoy mismo... Después de todo, las piernas se sustituyen por aparatos mecánicos que fabrican los ingleses y alemanes, y con ellos se anda mejor que con estos maldecidos remos que nos ha encajado la Naturaleza.

—En fin—agregó Miquis,—no se asuste la muñeca, que no la haremos sufrir nada... pero nada... Ni se enterará usted. Y luégo se sentirá muy bien, y dentro de unos cuantos días ya podrá entretenerse en pintar...

Hoy mismo—dijo el viejo, haciendo de tripas corazón, y procurando tragarse el nudo que en la garganta sentía,—te traigo el caba-

llete, la caja de colores... Verás, verás qué cuadros tan bonitos nos vas á pintar.

Con un cordial apretón de manos se despidió Augusto, anunciándole su pronta vuelta, sin precisar la hora, y solos Tristana y D. Lope, estuvieron un ratito sin hablarse. «¡Ah! tengo que escribir—dijo la enferma.

-¿Podrás, vida mía? Mira que estás muy

débil. Dictame, y yo escribiré.

Al decir esto, llevaba junto á la cama la tabla que servía de mesa, y la resmilla de pa-

pel y el tintero.

«No... Puedo escribir... Es particular lo que ahora me pasa. Ya no me duele. Casi no siento nada. ¡Vaya si puedo escribir! Venga... Un poquito me tiembla el pulso, pero no im-

porta.

Delante del tirano escribió estas líneas: «Allá va una noticia que no sé si es buena ó mala. Me la cortan. ¡Pobrecita pierna! Pero ella tiene la culpa... ¿para qué es mala? No sé si me alegro, porque, en verdad, la tal patita no me sirve para nada. No sé si lo siento, porque me quitan lo que fué parte de mi persona... y voy á tener sin ella cuerpo distinto del que tuve... ¿Qué piensas tú? Verdaderamente, no es cosa de apurarse por una pierna. Tú, que eres todo espíritu, lo creerás así. Yo también lo creo. Y lo mismo has de

quererme con un remo que con dos. Ahora pienso que habría hecho mal en dedicarme á la escena. ¡Uf! arte poco noble, que fatiga el cuerpo y empalaga el alma. ¡La pintura!... eso ya es otra cosa... Me dicen que no sufriré nada en la... ¿lo digo? en la operación... ¡Ay! hablando en plata, esto es muy triste, y yo no lo soportaré si no sabiendo que seré la misma para tí después de la carnicería... ¿Te acuerdas de aquel grillo que tuvimos, y que cantaba más y mejor después de arrancarle una de las patitas? Te conozco bien, y sé que no desmereceré nada para tí... No necesitas asegurármelo para que yo lo crea y lo afirme... Vamos, ¿á que al fin resulta que estoy alegre?... Sí, porque ya no padeceré más. Dios me alienta, me dice que saldré bien del lance, y que después tendré salud y felicidad, y podré quererte todo lo que se me antoje, y ser pintora, ó mujer sabia, y filósofa por todo lo alto... No, no puedo estar contenta. Quiero encandilarme, y... no me resulta... Basta por hoy. Aunque sé que me querrás siempre, dímelo para que conste. Como no puedes enganarme, ni cabe la mentira en un sér que reune todas las formas del bien, lo que me brazos ni piernas, yo te querría lo mismos Con que...» "ALFINSO METES April 1 Sept Man I MEET IN Las últimas líneas apenas se entendían, por el temblor de la escritura. Al soltar la pluma, cayó la muñeca infelíz en grande abatimiento. Quiso romper la carta, arrepintióse de ello, y por fin la entregó á D. Lope, abierta, para que le pusiese el sobre y la enviase á su destino. Era la primera vez que no se cuidaba de defender ni poco ni mucho el secreto epistolar. Llevóse Garrido á su cuarto el papel, y lo leyó despacio, sorprendido de la serenidad con que la niña trataba de tan grave asunto.

«Lo que es ahora—dijo al escribir el sobre, y como si hablara con la persona cuyo nombre trazaba su pluma,-ya no te temo. La perdiste, la perdiste para siempre, pues esas bobadas del amor eterno, del amor ideal, sin piernas ni brazos, no son más que un hervor insano de la imaginación. Te he vencido. Triste es mi victoria, pero cierta. Dios sabe que no me alegro de ella sino descartando el motivo, que es la mayor pena de mi vida... Ya me pertenece en absoluto hasta que mis días acaben. ¡Pobre muñeca con alas! Quiso alejarse de mi, quiso volar; pero no contaba con su destino, que no le permite revoloteos ni correrías; no contaba con Dios, que me tiene ley... no sé por qué... pues siempre se pone de mi parte en estas contiendas... El sabrá la razón... y cuando se me escapa lo que quiero... me lo trae atadito de piés y manos. ¡Pobre alma mía, adorable chicuela, la quiero, la querré siempre como un padre! Ya nadie me la quita, ya no...

En el fondo de estos sentimientos tristísimos que D. Lope no sacó del corazón á los labios, palpitaba una satisfacción de amor propio, un egoísmo elemental y humano de que él mismo no se daba cuenta. «¡Sujeta para siempre! ¡Ya no más desviaciones de mí!» Repitiendo esta idea, parecía querer aplazar el contento que de ella se derivaba, pues no era la ocasión muy propicia para alegrarse de cosa alguna.

Halló después á la joven bastante alicaida, y empleó para reanimarla, ya los razonamientos piadosos, ya consideraciones ingeniosísimas acerca de la inutilidad de nuestras extremidades inferiores. Á duras penas tomó Tristana algún alimento; el buen Garrido no pudo pasar nada. Á las dos entraron Miquis, Ruíz Alonso y un alumno de Medicina, que hacía de ayudante, pasando á la sala silenciosos y graves. Uno de los tres llevaba, cuidadosamente envuelto en un paño, el estuche que contenía las herramientas del oficio. Poco después entró un mozo que llevaba los frascos llenos de líquidos antisépticos. Reci-

bióles D. Lope como si recibiera al verdugo cuando va á pedir perdón al condenado á muerte, y á prepararle para el suplicio. «Señores—dijo,—esto es muy triste, muy triste...» y no pudo pronunciar una palabra más. Miquis fué al cuarto de la enferma, y se anunció con donaire: «Guapa moza, todavía no hemos venido... quiero decir... he venido yo

solo. Á ver, ¿qué tal? ese pulso...»

Tristana se puso lívida, clavando en el médico una mirada medrosa, infantil, suplicante. Para tranquilizarla, aseguróle Miquis que confiaba en curarla completa y radicalmente, que su excitación era precursora de la mejoria franca y segura, y que para calmarla le iba á dar un poquitín de éter... «Nada, hija, basta echar unas gotitas de líquido en un pañuelo, y olerlo, para conseguir que los picaros nervios entren en caja.» Mas no era fácil engañarla. La pobre señorita comprendió las intenciones de Augusto, y le dijo, esforzándosé en sonreir: «Es que quiere usted dormirme... Bueno. Me alegro de conocer ese sueño profundo, con el cual no puede ningún dolor, por muy perro que sea. ¡Qué gusto! ¿Y si no despierto, si me quedo allá...?

—¡Qué ha de quedarse...! Buenos tontos seríamos...—dijo Augusto, á punto que entraba D. Lope consternado, medio muerto.

Y resueltamente se puso á preparar la droga, volviendo la espalda á la enferma, dejando sobre una cómoda el frasquito del precioso anestésico. Hizo con su pañuelo una especie de nido chiquitín, en el cual puso los algodones impregnados de cloroformo, y entretanto se difundió por la habitación un fuerte olor de manzanas. «¡Qué bien huele!—dijo la senorita, cerrando los ojos, como si rezara mentalmente.» Y al instante le aplicó Augusto á la nariz el hueco del pañuelo. Al primer efecto de somnolencia siguió sobresalto, inquietud epiléptica, convulsiones y una verbosidad desordenada, como de embriaguéz alcohólica. «No quiero, no quiero... Ya no me duele... ¿Para qué cortar?... ¡Está una tocando todas las sonatas de Beethoven, tocándolas tan bien... al piano, cuando vienen estos tíos indecentes á pellizcarle á una las piernas!... Pues que zajen, que corten... y yo sigo tocando. El piano no tiene secretos para mí... Soy el mismo Beethoven, su corazón, su cuerpo, aunque las manos sean otras... Que no me quiten también las manos, porque entonces... Nada, que no me dejo quitar esta mano; la agarro con la otra para que no me la lleven... y la otra la agarro con ésta, y así no me llevan ninguna. Miquis, usted no es caballero, ni lo ha sido nunca, ni sabe tratar con señoras, ni menos con artistas eminentes... No quiero que venga Horacio y me vea así. Se figurará cualquier cosa mala... Si estuviera aqui señó Juan, no permitiria esta infamia... Atar á una pobre mujer, ponerle sobre el pecho una piedra tan grande, tan grande... y luégo llenarle la paleta de ceniza para que no pueda pintar... ¡Cosa tan extraordinaria! ¡Cómo huelen las flores que he pintado! Pero si las pinté creyendo pintarlas, ¿cómo es que ahora me resultan vivas... vivas? ¡Poder del genio artístico! He de retocar otra vez el cuadro de las Hilanderas para ver si me sale un poquitito mejor. La perfección, esa perfección endiablada, ¿dónde está?... Saturna, Saturna... ven, me ahogo... Este olor de las flores... No, no, es la pintura, que cuanto más bonita, más venenosa...»

Quedó al fin inmóvil, la boca entreabierta, quieta la pupila... De vez en cuando lanzaba un quejido como de mimo infantil, tímido esfuerzo del sér aplastado bajo la losa de aquel sueño brutal. Antes de que la cloroformización fuera completa, entraron los otros dos sicarios, que así en su pensamiento les llamaba D. Lope, y en cuanto creyeron bien preparada á la paciente, colocáronla en un catre con colchoneta, dispuesto para el caso, y ganando no ya minutos sino segundos, pu-

sieron manos en la triste obra. D. Lope trincaba los dientes, y á ratos, no pudiendo presenciar cuadro tan lastimoso, se marchaba de la habitación para volver en seguida, avergonzándose de su pusilanimidad. Vió poner la venda de Esmarch, tira de goma que parece una serpiente. Empezó luégo el corte por el sitio llamado de elección; y cuando tallaban el colgajo, la piel que ha de servir para formar después el muñón; cuando á los primeros tajos del diligente bisturí vió D. Lepe la primera sangre, su cobardía trocóse en valor estóico, altanero, incapáz de flaquear; su corazón se volvió de bronce, de pergamino su cara, y presenció hasta el fin con ánimo entero la cruel operación, realizada con suma habilidad y presteza por los tres médicos. Á la hora y cuarto de haber empezado á cloroformizar á la paciente, Saturna salía presurosa de la habitación con un objeto largo y estrecho envuelto en una sábana. Poco después, bien ligadas las arterias, cosida la piel del muñón, y hecha la cura antiséptica con esmero prolijo, empezó el despertar lento y triste de la señorita de Reluz, su nueva vida, después de aquel simulacro de muerte, su resurrección, dejándose un pié y dos tercios de pierna en el seno de aquel sepulero que á manzanas olía.

XXIV

«¡Ay, todavía me duele!—fueron las primeras palabras que pronunció al volver del tenebroso abismo. Y después, su fisonomía pálida y descompuesta revelaba como un profundo análisis autopersonal, algo semejante á la intensisima fuerza de observación que los aprensivos dirigen sobre sus propios órganos, auscultando su respiración y el correr de la sangre, palpando mentalmente sus músculos, y acechando el vibrar de sus nervios. Sin duda la pobre niña concentraba todas las fuerzas de su mente en aquel vacío de su extremidad inferior, para reponer el miembro perdido, y conseguía restaurarlo tal como fué antes de la enfermedad, sano, vigoroso y ágil. Sin gran esfuerzo imaginaba que tenía sus dos piernas, y que andaba con ellas garbosamente, con aquel pasito ligero que la llevaba en un periquete al estudio de Horacio.

—¿Qué tal, mi niña?—le preguntó D. Lope haciéndole caricias.

Y ella, tocando suavemente los blancos cabellos del galán caduco, le contestó con gracia: «Muy bien... Me siento muy descansadita. Si me dejaran, ahora mismo me echaría á correr... digo, á correr no... No estamos para esas bromas.

Augusto y D. Lope, cuando los otros dos médicos se habían marchado, diéronle seguridades de completa curación, y se felicitaron del éxito quirúrgico con un entusiasmo que no podían comunicarle. Pusiéronla cuidadosamente en su lecho en las mejores condiciones de higiene y comodidad, y ya no había más que hacer sino esperar los diez ó quince días críticos subsiguientes á la operación.

Durante este período, no tuvo sosiego el bueno de Garrido, porque si bien el traumatismo se presentaba en las mejores condiciones, el abatimiento y postración de la niña eran para causar alarma. No parecía la misma, y denegaba su propio sér; ni una vez siquiera pensó en escribir cartas, ni salieron á relucir aquellas aspiraciones ó antojos sublimes de su espíritu siempre inquieto y ambicioso; ni se le ocurrieron los donaires y travesuras que gastar solía hasta en las horas más crueles de su enfermedad. Entontecida y aplanada, su ingenio superior sufría un eclipse total. Tanta pasividad y mansedumbre, al principio agradaron á D. Lope; mas no tardó el buen señor en condolerse de aquella mudanza de carácter. Ni un momento se separaba de ella, dando ejemplo de paternal solicitud, con extremos cariñosos que rayaban en mimo. Por fin, al décimo día, Miquis declaró muy satisfecho que la cicatrización iba perfectamente, y que pronto la cojita sería dada de alta. Coincidió con esto una resurrección súbita del espiritualismo de la inválida, que una mañana, como descontenta de sí misma, dijo á D. Lope: «¡Vaya, que tantos días sin escribir! ¡Qué mal me estoy portando...!

-No te apures, hija mía-replicó con donaire el viejo galán.—Los séres ideales y perfectos no se enfadan por dejar de recibir una earta, y se consuelan del olvido paseándose impávidos por las regiones etéreas donde habitan... Pero si quieres escribir, aquí tienes los trebejos. Díctame: soy tu secretario.

-No; escribiré yo misma... O si gustas... escribe tú. Cuatro palabras.

-A ver; ya estoy pronto - dijo Garrido,

pluma en mano y el papel delante.

-«Pues como te decía-dictó Tristana,ya no tengo más que una piernecita. Estoy mejor. Ya no me duele... padezco muy poco... ya...»

-¿Qué... no sigues?

-Mejor será que lo escriba yo. No me salen, no me salen las ideas dictando.

-Pues toma... Escribe tú, y despáchate á

tu gusto (lándole la pluma, y poniéndole delante la tabla con la carpeta y papel). ¿Qué... tan premiosa estás? Y esa inspiración y esos arranques, ¿á dónde diablos se han ido?

—¡Qué torpe estoy! No se me ocurre nada. -¿Quieres que te dicte yo? Pues oye: «¡Qué bonito eres, qué pillín te ha hecho Dios, y qué... qué desabridas son tantas perfecciones!... No, no me caso contigo ni con ningún serafín terrestre ni celeste...» ¿Pero qué, te ries? Adelante. «Pues no me caso... Que esté coja ó no lo esté, eso no te importa á tí. Tengo quien me quiera tal como soy ahora, y con una sola patita valgo más que antes con las dos. Para que te vayas enterando, ángel mío...» No, esto de ángel es un poquito cursi. « pues, para que te vayas enterando, te diré que tengo alas... me han salido alas. Mi papá piensa traerme todos los trebejos de pintura, y ainda mais, me comprará un organito, y me pondrá profesor para que aprenda á tocar música buena... Ya verás... Comparados conmigo, los ángeles del cielo serán unos murguistas...»

Soltaron ambos la risa, y animado don Lope con su éxito, siguió hiriendo aquella cuerda, hasta que Tristana hubo de cortar bruscamente la conversación, diciendo con toda seriedad: «No, no; yo escribiré... yo sola.»

«Señor de mi alma: ya Tristana no es lo que fué. ¿Me querrás lo mismo? El corazón me dice que si. Yo te veo más lejos aún que antes te veía, más hermoso, más inspirado, más generoso y bueno. ¿Podré llegar hasta tí con la patita de palo, que creo me pondrán? ¡Qué mona estaré! Adiós. No vengas. Te adoro lejos, te ensalzo ausente. Eres mi Dios, y como Dios, invisible. Tu propia grandeza te aparta de mis ojos... hablo de los de la cara... porque con los del espíritu bien claro te veo. Hasta otro día.»

Cerró ella misma la carta y le puso el sobre, dándola á Saturna, que, al tomarla, hizo un mohín de burla. Por la tarde, hallándose solas un momento, la criada se franqueó en esta forma: «Mire, esta mañana no quise decir nada á la señorita, por hallarse presente D. Lepe. La carta... aquí la tengo. ¿Para qué echarla al correo, si el D. Horacio está en Madrid? Se la daré en propia mano esta noche.»

Palideció la inválida al oir esto, y después se le encendió el rostro. No supo qué decir, ni se le ocurría nada.

«Te equivocas—dijo al fin.—Habrás visto á alguno que se le parezca.

-¡Señorita, cómo había de confundir!...

¡Qué cosas tiene! El mismo. Hablamos más de media hora. Empeñado el hombre en que le contara todo punto por punto. ¡Ay, si le viera la señorita! Está más negro que un zapato. Dice que se ha pasado la vida corriendo por montes y mares, y que aquello es muy precioso... pero muy precioso... Pues nada; le conté todo, y el pobrecito... como la quiere á usted tanto, me comía con los ojos cuando yo le hablaba... Dice que se avistará con D. Lope para cantarle clarito.

-¡Cantarle clarito!... ¿qué?

—Él lo sabrá... Y está rabiando por ver á la señorita. Es preciso que lo arreglemos, aprovechando una salida del señor...

Tristana no dijo nada. Un momento después pidió á Saturna que le llevase un espejo, y mirándose en él, se afligió extremadamente.

«Pues no está usted tan desfigurada... vamos.

—No digas. Parezco la muerte... Estoy horrorosa... (echándose á llorar). No me va á conocer. ¿Pero ves? ¿Qué color es este que tengo? Parece de papel de estraza. Los ojos son horribles, de tan grandes como se me han puesto... ¡Y qué boca, santo Dios! Saturna, llévate el espejo, y no vuelvas á traérmelo aunque te lo pida.

Contra su deseo, que á la casa le amarra-

ba, D. Lope salía muy á menudo, movido de la necesidad, que en aquellas tristes circunstancias llenaba de amargura y afanes su existencia. Los gastos enormes de la enfermedad de la niña consumieron los míseros restos de su esquilmada fortuna, y llegaron días ¡ay! en que el noble caballero tuvo que violentar su delicadeza y desmentir su carácter, llamando á la puerta de un amigo con pretensiones que le parecían ignominiosas. Lo que padeció el infelíz señor no es para referido. En pocos días quedóse como si le echaran cinco años más encima. «¡Quién me lo había de decir... Dios mío... yo... Lope Garrido, descender á...! ¡Yo, con mi orgullo, con mi idea puntillosa de la dignidad, rebajarme á pedir ciertos favores...! Y llegará día en que la insolvencia me ponga en el trance de solicitar lo que no he de poder restituir... Bien sabe Dios que sólo por sostener á esta pobre niña, y alegrar su existencia, soporto tanta vergüenza y degradación. Me pegaría un tiro, y en paz. ¡Al otro mundo con mi alma, al hoyo con mis cansados huesos! Muerte y no vergüenza... Mas las circunstancias disponen lo contrario: vida sin dignidad... No lo hubiera creido nunca. Y luégo dicen que el carácter... No, no creo en los caracteres. No hay más que hechos, accidentes. La vida de los demás

es molde de nuestra propia vida, y troquel de nuestras acciones.»

En presencia de la señorita disimulaba el pobre D. Lepe las horribles amarguras que pasando estaba, y aun se permitía fingir que su situación era de las más florecientes. No sólo le llevó los avíos de pintar, dos cajas de colores para óleo y acuarela, pinceles, caballete y demás, sino también el organito ó armonium que le había prometido, para que se distrajese con la música los ratos que la pintura le dejaba libres. En el piano, poseía Tristana la instrucción elemental del colegio, suficiente para farfullar polkas y valses ó alguna pieza fácil. Algo tarde era ya para adquirir la destreza que sólo da un precóz y duro trabajo; pero con un buen maestro podría vencer las dificultades, y además el órgano no le exigía digitación muy rápida. Se ilusionó con la música más que con la pintura, y anhelaba levantarse de la cama para probar su aptitud. Ya se arreglaría con un solo pié para mover los pedales. Aguardando con febril impaciencia al profesor anunciado por D. Lope, oía en su mente las dulces armonías del instrumento, menos sentidas y hermosas que las que sonaban en lo íntimo de su alma. Creyóse llamada á ser muy pronto una notabilidad, una concertista de primer orden, y con tal idea se animó, y tuvo algunas horitas de felicidad. Cuidaba Garrido de estimular su ambiciosa ilusión, y en tanto, le hacía recordar sus ensayos de dibujo, incitándola á bosquejar en lienzo ó en tabla algún bonito asunto, copiado del natural. «Vamos, ¿por qué no te atreves con mi retrato... ó con el de Saturna?» Respondía la inválida que le convendría más adestrar la mano en alguna copia, y D. Lope prometió traerle buenos estudios de cabeza ó paisaje para que escogiese.

El pobre señor no escatimaba sacrificio por ser grato á su pobre cojita, y... al fin, ¡oh caprichos de la mudable suerte! hallándose perplejo por no saber cómo procurarse los estudios pictóricos, la casualidad, el Demonio, Saturna, resolvieron de común acuerdo la dificultad.

«¡Pero, señor—dijo Saturna,—si tenemos ahí...! No sea bobo, déjeme y le traigo...

Y con sus expresivos ojos y su mímica admirable, completó el atrevido pensamiento.

«Haz lo que quieras, mujer—indicó don Lope, alzando los hombros.—Por mí...

Media hora después entró Saturna de la calle con un rimero de tablas y bastidores pintados, cabezas, torsos desnudos, apuntes de paisaje, bodegones, frutas y flores, todo de mano de maestro.

XXV

Impresión honda hizo en la señorita de Reluz la vista de aquellas pinturas, semblantes amigos que veía después de larga ausencia, y que le recordaban horas felices. Fueron para ella, en ocasión semejante, como personas vivas, y no necesitaba forzar su imaginación para verlas animadas, moviendo los labios y fijando en ella miradas cariñosas. Mandó á Saturna que colgase los lienzos en la habitación para recrearse contemplándolos, y se transportaba á los tiempos del estudio y de las tardes deliciosas en compañía de Horacio. Púsose muy triste, comparando su presente con el pasado, y al fin rogó á la criada que guardase aquellos objetos hasta que pudiese acostumbrarse á mirarlos sin tanta emoción; mas no manifestó sorpresa por la facilidad con que las pinturas habían pasado del estudio á la casa, ni curiosidad de saber qué pensaba de ello el suspicáz D. Lope. No quiso la sirviente meterse en explicaciones, que no se le pedían, y poco después, sobre las doce, mientras daba de almorzar al amo una misera tortilla de patatas y un trozo de carne con representación y honores de chuleta, se aventuró á de-